

TRANSICIONES
A LA DEMOCRACIA
EN PORTUGAL, GRECIA
Y ESPAÑA

Temas de Historia Contemporánea
Coordinadora: PILAR TOBOSO SÁNCHEZ



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

TRANSICIONES
A LA DEMOCRACIA
EN PORTUGAL, GRECIA
Y ESPAÑA

Ángeles González-Fernández



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© Ángeles González-Fernández

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-9171-434-7
Depósito Legal: M-36.150-2019

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
--------------------	----

PARTE I

LAS PARADOJAS DE LA MODERNIZACIÓN AUTORITARIA

1. CRECIMIENTO ECONÓMICO Y DESARROLLO	21
1.1. <i>Un modelo mediterráneo</i>	22
1.2. <i>Grecia: una industrialización incompleta</i>	23
1.3. <i>La insuficiente recuperación del atraso secular luso</i>	27
1.4. <i>El “milagro” español</i>	33
2. SOCIEDADES EN TRANSFORMACIÓN	39
2.1. <i>La transición demográfica</i>	40
2.2. <i>Poblaciones en movimiento</i>	42
2.3. <i>Una explosiva urbanización</i>	44
2.4. <i>La estructura social</i>	46
2.5. <i>La modernización de las mentalidades</i>	54
3. CRISIS INSTITUCIONAL Y POLÍTICA	59
3.1. <i>La renovación tecnocrática de las dictaduras ibéricas</i>	60
3.1.1. Éxitos parciales, derrota final de los tecnócratas españoles	65
3.1.2. La primavera marcelista y el fin del <i>Estado Novo</i>	68
3.1.3. La crisis final del franquismo	72
3.2. <i>Democracia incompleta y dictadura militar</i>	74

4.	CONTESTACIÓN SOCIAL Y MOVILIZACIÓN POLÍTICA	83
4.1.	<i>La rebelión estudiantil</i>	84
4.2.	<i>El poder sindical</i>	89
4.3.	<i>El distanciamiento de la Iglesia</i>	94
4.3.1.	El despegue de la Iglesia católica	94
4.3.2.	La supeditación de la Iglesia ortodoxa	98
4.4.	<i>Las fuerzas de oposición política</i>	99
4.4.1.	La fragmentada oposición portuguesa	100
4.4.2.	El antifranquismo	103
4.3.3.	La inoperancia de los opositores griegos	105

PARTE II

LOS PROCESOS DE CAMBIO POLÍTICO

5.	TIEMPO DE CRISIS ECONÓMICA Y AJUSTES	109
5.1.	<i>Crisis y ruptura del paradigma keynesiano</i>	109
5.2.	<i>Recesión y cambio político</i>	111
5.3.	<i>Portugal: el precio de la revolución</i>	114
5.3.1.	Las repercusiones del PREC	115
5.3.2.	La complicada vuelta al mercado	119
5.4.	<i>La crisis y el largo declive de la economía griega</i>	121
5.4.1.	El Gobierno Caramanlís ante la crisis	122
5.4.2.	Las políticas económicas del Gobierno Papandreu	125
5.5.	<i>España: crisis económica y reconversión industrial</i>	126
5.5.1.	Los Pactos de la Moncloa	127
5.5.2.	Las políticas socialistas de ajuste y reconversión	129
6.	LAS DISTINTAS VÍAS A LA DEMOCRACIA	133
6.1.	<i>Las dinámicas de la mudanza política</i>	134
6.2.	<i>La última revolución socialista de Europa</i>	138
6.3.	<i>Grecia: la transición de un hombre solo</i>	144
6.4.	<i>La transición española: "de la ley a la ley"</i>	146
7.	LOS ACTORES DEL CAMBIO	155
7.1.	<i>El protagonismo de los militares</i>	155
7.2.	<i>El peso de las viejas elites en Grecia y España</i>	162

7.2.1.	Caramanlís y la renovación de la derecha	164
7.2.2.	El rey, Suárez y las elites reformistas	166
7.3.	<i>La movilización desde abajo</i>	170
7.3.1.	Movilización revolucionaria y contrarrevolucionaria en Portugal.....	171
7.3.2.	La movilización postransicional en Grecia	175
7.3.3.	Movilización y acción colectiva en España.....	177
8.	LAS IZQUIERDAS EN EL CAMBIO POLÍTICO	183
8.1.	<i>Las fallidas expectativas comunistas</i>	184
8.1.1.	El partido comunista portugués en la encrucijada.....	189
8.1.2.	La tripleta comunista griega	192
8.1.3.	El trance del PCE	194
8.2.	<i>El ascenso de los partidos socialistas</i>	196
8.2.1.	El PSP y la lucha por el poder	199
8.2.2.	El populismo del PASOK	202
8.2.3.	Las contradicciones del PSOE	204
9.	LA CONSTRUCCIÓN DE UN NUEVO MARCO INSTITUCIONAL	209
9.1.	<i>Partidos políticos y primeras elecciones</i>	210
9.1.1.	El contagio por la izquierda en Portugal.....	212
9.1.2.	Cambios y permanencias en la política griega ..	216
9.1.3.	De la sopa de siglas al bipartidismo (imperfecto) en España	218
9.2.	<i>Los procesos constituyentes</i>	221
9.2.1.	La singularidad de la constitución portuguesa ...	222
9.2.2.	Confrontación <i>versus</i> consenso. Las constituciones griega y española.....	224
10.	LA DIMENSIÓN INTERNACIONAL DEL CAMBIO POLÍTICO	229
10.1.	<i>El contexto exterior</i>	230
10.2.	<i>Kissinger y la realpolitik</i>	234
10.2.1.	De la política de “esperar y ver” a la intervención en Portugal	235
10.2.2.	El avispero griego.....	238
10.2.3.	La supervisión sobre la transición española ...	239
10.3.	<i>La Europa occidental: persuasión y coerción</i>	241

10.3.1.	<i>El amigo alemán: la intervención en Portugal.</i>	242
10.3.2.	<i>El amigo alemán: la supervisión en España.</i>	245
10.3.3.	Grecia y el principio de subsidiariedad	249

PARTE III

LAS NUEVAS DEMOCRACIAS

11.	LA CONSOLIDACIÓN DEMOCRÁTICA: PARTIDOS Y PROCESOS ELECTORALES	253
11.1.	<i>Los sistemas de partidos políticos</i>	254
11.2.	<i>Identidades políticas y comportamiento electoral</i>	255
11.3.	<i>La inestabilidad crónica de la política lusa</i>	259
11.3.1.	El giro a la moderación del PSP	260
11.3.2.	Los conservadores en el poder: Aliança Democrática y la coalición con el PSP	263
11.4.	<i>El bipartidismo imperfecto en Grecia y España</i>	265
11.4.1.	Divergentes: ND y UCD	266
11.4.2.	Crisis y renovación de la derecha española	269
11.4.3.	El viaje a la moderación de los partidos socialistas	271
12.	AGENDAS POLÍTICAS PARA EL CAMBIO SOCIAL	277
12.1.	<i>La modernización socialista</i>	278
12.2.	<i>La construcción del estado de bienestar</i>	279
12.2.1.	Las políticas sociales en Portugal	284
12.2.2.	Las reformas sociales del PASOK	286
12.2.3.	El reformismo social del PSOE	287
12.3.	<i>Socialdemocracia, sindicatos y trabajadores</i>	289
12.3.	<i>Nuevos valores sociales, viejas tensiones</i>	295
13.	LA ADHESIÓN A LA CEE: EL RETORNO A EUROPA (OCCIDENTAL)	301
13.1.	<i>El retorno a la casa europea</i>	302
13.2.	<i>La CEE ante la ampliación al sur</i>	305
13.3.	<i>Grecia: europeístas versus antieuropeístas</i>	309
13.4.	<i>La península ibérica: el largo camino a la adhesión</i>	312
13.4.1.	Disenso luso/consenso español	313
13.4.2.	El tortuoso proceso negociador	317

CONCLUSIONES	321
 CRONOLOGÍA	 325
<i>Portugal</i>	325
<i>Grecia</i>	327
<i>España</i>	329
 SELECCIÓN DE TEXTOS	 333
<i>Primera parte: los regímenes autoritarios</i>	333
1. Discurso de toma de posesión de Marcello Caetano, 27/09/1968	333
2. Testimonio de un militar sobre la democracia tutelada griega	334
3. La Universidad y los universitarios bajo la dictadura de los coroneles	335
4. Programa de la Junta Democrática de España, 29/07/1974	336
5. Último discurso del general Franco en la Plaza de Oriente, 02/10/1975	338
<i>Segunda parte: la transición democrática</i>	339
6. Programa del Movimiento de las Fuerzas Armadas	339
7. Discurso de Mário Soares en la contramanifestación convocada tras los altercados en la celebrada el 1º de Mayo de 1975, 02/05/1975	340
8. La transición de un hombre solo: Discurso de C. Caramanlís	342
9. Proclamación de los principios básicos del PASOK, Atenas, 03/09/1974	342
10. Discurso de Adolfo Suárez como presidente del Gobierno (RTVE, 06/07/1976)	343
11. Intervención de Marcelino Camacho durante el debate en Cortes sobre la Ley de Amnistía, 14/10/1977	345
<i>Tercera parte: la consolidación democrática</i>	346
12. Entrevista a Mário Soares, primer ministro, Triunfo, 29-10-1977	346

13. De la euforia al desencanto, Laura Pastor Collado, Triunfo, nº 832, /06/01/1979	347
14. Discurso de investidura de Felipe González, 30/11/1982.....	348
15. Informe de los técnicos a la comisión de Relaciones Internacionales del Senado de Estados Unidos: <i>Western Europe in 1977: Security, Economic and political Issues</i> , 27/07/1977, pp. 171-172	349
BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA.....	351

2

SOCIEDADES EN TRANSFORMACIÓN

El vocablo “milagro”, que hace referencia al crecimiento sostenido de la economía, puede hacerse extensivo a los cambios de todo tipo que, sin planificación previa y de modo un tanto incoherente y caótico, transforma por entero las sociedades de la Europa del sur. La profundidad del proceso de modernización registrado en España, Grecia y, con menor intensidad en Portugal, diluye los vínculos con el pasado, un pasado que en buena medida se define agrario, rural y religioso –católico en España y Portugal, ortodoxo en Grecia– para ofrecer una imagen inédita, la de sociedades cada vez más semejantes a sus vecinos de la Europa occidental. El aumento de la renta que, aunque de manera desigual, afecta a todos los grupos sociales, modifica la estructuración de la sociedad. La extremada polarización anterior da paso a un progresivo ensanchamiento de las clases medias a las que acompaña un nuevo sistema de valores. El afán consumista, un intenso materialismo, la movilidad social –aunque limitada– y el contacto creciente con otras culturas, bien a través de la experiencia migratoria, de la masiva afluencia de turistas o de las mayores relaciones con el exterior, introducen hábitos y costumbres insólitas que cuentan con una aceptación entusiasta entre los más jóvenes. Incluso sus mayores asumen con general satisfacción y sin grandes resistencias, no por ello sin traumas, pautas de conducta colectiva propias de sociedades que se pretenden modernas.

2.1. La transición demográfica

Los largos años sesenta constituyen, con notable retraso respecto a otros países europeos, el escenario de la última fase de la transición del ciclo demográfico antiguo –que soporta altas tasas de mortalidad y natalidad– al régimen demográfico moderno en el que ambas variables registran bajas tasas. La presencia de una tendencia general similar y de rasgos comunes a los tres países no excluye la existencia de elementos peculiares y de discrepancias notables derivadas, *grosso modo*, de la más temprana inserción griega en las pautas propias de las sociedades modernas y de su mayor retraso en el caso portugués, sobre el que incide el reclutamiento de los jóvenes para la guerra en las colonias.

Esos rasgos distintivos contribuyen a explicar los agudos contrastes en la evolución demográfica de los tres países: más concretamente, el formidable crecimiento de la población española, que sobrepasa los 30 millones de habitantes por primera vez en 1960 y, con creces, los 35 millones quince años más tarde; el menor incremento de la griega y el decrecimiento de Portugal que, en los sesenta pierde algo más de 225 000 de sus vecinos, en torno al 3% de su población total.

CUADRO 2.1. Población total 1950-1970

Años	España	Grecia	Portugal*
1950	28 117 874	7 632 801	8 510 240
1960	30 582.936	8 388 533	8 889 392
1970	33 956 047	8 768 641	8 663 252
1974	35 484 455	8 962 153	8 879 130

Fuente: Censos de Población.

*Se incluye la población de las islas Azores y de Madeira.

En Grecia, el incremento de la población responde en esencia a la reducción de la mortalidad, especialmente de la mortalidad infantil –muy inferior a la portuguesa y solo ligeramente más elevada que la española a finales de los años sesenta– y a las mejoras en el sistema sanitario, de modo que en este

lapso de tiempo se produce un aumento sustantivo de la esperanza de vida, que pasa de los 65 años en 1960 a un promedio de 71,8 en 1970. Razones similares explican el incremento de dicha variable en España (69,8 y 72,4 años respectivamente) en tanto que Portugal ocupa una posición más retrasada y sus ciudadanos tienen una menor esperanza de vida (63,7 años en 1960 y 67,5 diez años más tarde).

Mayores divergencias se aprecian en la natalidad. Pese a la valoración positiva de las familias numerosas propia de sociedades rurales, las tasas de natalidad griegas conocen un notorio declive (más de cinco puntos entre 1950-1952 y 1970-1972), como resultado de la reducción de la fertilidad de las parejas, sobre todo de las más jóvenes y urbanas, movidas por la aspiración a un más alto nivel de vida, el aumento del coste del mantenimiento de los hijos —al que no es ajeno la acusada preocupación por su educación—, la difusión de prácticas anticonceptivas y la masiva emigración.

Un comportamiento que difiere sustancialmente del registrado en España, donde el deseo de emanciparse de la autoridad paterna y la seguridad en el futuro en un contexto de expansión económica motiva que los jóvenes decidan casarse antes y tener más hijos. El *baby-boom* de los sesenta (en el transcurso de la década nacieron unos ocho millones de niños) sobre el que se sostiene, a diferencia de Grecia, el crecimiento de la población, tampoco es extrapolable a Portugal. En este último, pese a la existencia de una elevada natalidad, la más alta de Europa (24/ por mil), las tasas de fecundidad experimentan un ligero retroceso que no ha de vincularse a la asunción de pautas demográficas modernas cuanto a la pobreza, la escasa provisión de servicios públicos, la migración masiva y la incertidumbre generada por la movilización de los jóvenes, unos 200 000 al año, con destino a los territorios de ultramar.

Al iniciarse los procesos de cambio político, en suma, la estructura demográfica es relativamente joven y el promedio de hijos por mujer se sitúa por encima del registrado en Europa occidental. Conviene subrayar, no obstante, que la distribución del crecimiento no se produce de manera uniforme y, aunque el comportamiento de las principales variables demográficas, incluida la natalidad, tiende a converger en las distintas regiones como resultado de los movimientos migratorios internos, todavía en los primeros años setenta las zonas agrarias y más atrasadas superan la media nacional.

2.2. *Poblaciones en movimiento*

Portugal, Grecia y España han sido tradicionalmente sociedades de emigración. En dos grandes oleadas, la primera entre 1860 y 1930 y la segunda entre 1950 y 1974, sus habitantes abandonan sus lugares de nacimiento de forma masiva en una verdadera diáspora a la búsqueda de nuevas y mejores oportunidades de futuro porque, aunque la persecución política actúa como acicate y, en el caso de Portugal, influye de forma acusada el deseo de eludir el enrolamiento militar, se trata de una emigración de carácter económico. Las salidas al exterior discurren de forma paralela, en esa segunda oleada, a una formidable movilidad interna, de niveles no parangonables a los de ningún otro periodo histórico.

Se estima que unos tres millones de españoles, en torno a millón y medio de portugueses y un millón de griegos abandonan entre 1960 y 1974 sus comunidades de origen y se encaminan, de manera legal o irregular, hacia el exterior. Si bien se registran salidas hacia Estados Unidos y Australia en el caso de los griegos; Angola y Brasil, en el de los portugueses, la emigración transoceánica, característica de la segunda mitad del siglo XIX y primeros decenios del siguiente, es reemplazada por la intercontinental y la mayor parte de los emigrantes se dirige a Alemania (destino del 53% de los emigrantes griegos), Francia (que alberga al 62% de los portugueses) y Suiza, seguidos por Bélgica, Países Bajos y Gran Bretaña.

Procedentes, por lo general, de las zonas rurales del interior y de la montaña, también de las islas griegas y portuguesas, son, en gran medida, jóvenes con escasa cualificación que encuentran empleo en la construcción, el peonaje industrial, el servicio doméstico en el caso de las mujeres, y en sectores tradicionales socialmente desvalorizados y abandonados por los trabajadores de los países de acogida. A partir de mediados de los años sesenta la corriente migratoria se hace extensiva en Portugal y, en menor medida en Grecia, a los trabajadores industriales especializados, atraídos por los mayores salarios percibidos en la Europa occidental. La emigración muta entonces, según un diario lisboeta, en “una anemia progresiva y perniciosa” que siembra la inquietud en los gobiernos y en los hombres de negocios, alarmados por la reducción de mano de obra que obliga la concesión de aumentos salariales y beneficios sociales a sus trabajadores, la inversión en maquinaria y otros equipos que suplan la escasez de fuerza laboral.

Las estrategias migratorias, condicionadas por el contexto de la Guerra Fría y la necesidad de trabajadores de los países de la Europa occidental, se despliegan, salvo porcentajes minoritarios, con un objetivo bien definido: el retorno a casa lo más pronto posible una vez logrados los ahorros suficientes para la compra de tierra, una vivienda o para montar un pequeño negocio, generalmente en el sector servicios. Toda una válvula de escape para solventar los desequilibrios de la economía doméstica al aminorar las tensiones en el mercado laboral y procurar un importante volumen de divisas que contribuye a compensar el déficit de la balanza comercial, la de la emigración resulta, por lo general, una experiencia lacerante y penosa. Rasgos que, por lo demás, acompañan al retorno, especialmente de aquellos que se ven impelidos a hacerlo a mediados de los años setenta.

El primer choque energético, el endurecimiento de las políticas migratorias en los países receptores y la presión, e incluso la hostilidad de las sociedades de acogida provocan que, en un breve lapso de tiempo, la presencia de trabajadores portugueses, griegos y españoles en Europa occidental disminuya de forma abrupta. El retorno en esos años no es fácil, sobre todo en el caso de aquellos que han permanecido un largo periodo en el extranjero y aún se hallan en edad laboral. A las dificultades para encontrar empleo en una situación de grave crisis económica, se añaden la práctica ausencia de ayudas estatales —rasgo permanente de las políticas migratorias—, las dificultades de inserción en un estilo de vida distinto y la existencia de una imagen social adversa. A los que vuelven se suman, en Portugal, los “retornados”, los cerca de 650 000 portugueses que, tras el rápido proceso descolonizador, han de regresar precipitadamente a la exmetrópoli dejando atrás toda su vida anterior para afrontar un futuro incierto y problemático.

El trasiego poblacional alcanza un ritmo e intensidad aún mayores en el interior de cada uno de los tres países, propulsado por los bajos salarios y el subempleo en el campo, los malos equipamientos educativos y sanitarios y, en general, las desventajas de la vida rural, especialmente evidentes para los jóvenes. El traslado a las ciudades y a las zonas del litoral, protagonizado básicamente por campesinos sin tierra, arrendatarios y pequeños propietarios en busca de empleo en la industria y los servicios, se convierte en un verdadero éxodo que afecta a casi cinco millones de españoles, más de medio millón de griegos y un número similar de portugueses. La huida de las zonas rurales y agrarias del interior y de las islas, en los casos de Grecia y Portugal,

hacia la periferia urbana e industrial continúa una tendencia iniciada ya el siglo anterior, pero su magnitud consolida la distribución poblacional en dos espacios claramente diferenciados. La despoblación en España se convierte en el rasgo dominante de la zona central (Andalucía pierde casi dos millones de habitantes, seguida a distancia por las actuales Castilla-León, Castilla-La Mancha y Extremadura), salvo Madrid, en tanto que los territorios industrializados (Cataluña, Valencia y País Vasco) crecen de modo acelerado (sirva como ejemplo el contraste entre los 20,8 habitantes por km² de la actual Castilla-La Mancha o los algo más de 25 de Aragón y Extremadura y los 586,2 de Madrid o los 294,9 del País Vasco).

La litoralización caracteriza también a Grecia y Portugal. Tesalónica y, sobre todo, el área metropolitana de Atenas –cuyos habitantes se incrementan en un 37% entre 1961 y 1971 (Clogg, 1992: 145-168)– operan como polos de atracción de nuevos vecinos en detrimento de regiones como Epiro, Peloponeso y las islas que pierden hasta un 20% de sus residentes, aunque en algunos distritos de Macedonia ese porcentaje alcanza el 36% (Florina) e incluso el 40% (Drama). Un proceso este, el de bipolarización, que se verifica igualmente en Portugal, donde la población tiende a concentrarse en torno a los distritos de Lisboa y Oporto, en los que residen el 31,9% de la población en 1970 en marcado contraste con la desertización que afecta a la franja interior del país (Loff, 2007: 149-150).

2.3. *Una explosiva urbanización*

Portugueses, griegos y españoles disfrutaron, en el transcurso de ese largo decenio, de niveles de prosperidad sin precedentes. El crecimiento de la renta disponible, aunque desequilibrado social y territorialmente, beneficia a amplios sectores de la población que pueden tener acceso a bienes de consumo hasta entonces inalcanzables y que tiene en la ciudad su escenario por antonomasia. El formidable proceso de urbanización del periodo 1960-1973, más rápido en España y Grecia que en Portugal, implica no solo una modificación en el tipo de hábitat. Comporta igualmente la difusión de una nueva cultura, base para la consolidación de una estructura social inédita, la irradiación de nuevas mentalidades, estilos de vida y propuestas sociopolíticas. Las mutaciones no afectan solo al espacio urbano y a sus residentes.

El vaciamiento de los pueblos conlleva el despliegue de un proceso que ha sido llamado de “aculturación urbana del mundo campesino” provocado en buena medida por el contacto directo con gentes procedentes de otras culturas, especialmente en las zonas turísticas, el retorno en vacaciones de los estudiantes universitarios y de los emigrantes a sus pueblos de origen, así como por la influencia de los medios de comunicación de masas. La progresiva e irreversible disolución de los vínculos con las viejas costumbres, creencias y formas de vida, correlato obligado de la secularización y la introducción de insólitas pautas de comportamiento, reflejan la rápida regresión de la ruralidad que hasta entonces ha definido la identidad de las sociedades de la Europa meridional.

La transformación en sociedades urbanas se produce a un ritmo vertiginoso en España y Grecia, algo más lentamente en Portugal, pero en los tres casos, sin planificación alguna por parte del Estado. De manera desordenada y canalizada a través de redes de familiares, amigos y conocidos, el éxodo rural se traduce en la desertización de regiones enteras, el abandono, e incluso la desaparición de los municipios más pequeños del interior y en el espectacular engrosamiento de las ciudades. Unos cuatro millones de españoles se afincan en ciudades con más de 100 000 habitantes, especialmente en Madrid y Barcelona, y los residentes en localidades mayores de 10 000 habitantes aumenta más de 35 puntos porcentuales en el periodo 1960-1975. El 17% de los griegos se traslada a las ciudades entre 1956 y 1970 y en solo veinte años (1951-1971) se produce una inversión en los porcentajes relativos a la población rural y urbana (48% y 35% frente a un 38% y 53%, respectivamente).

Al igual que en España, los griegos se dirigen hacia las grandes ciudades, especialmente a Salónica y sobre todo a Atenas, cuya población se incrementa un 35% en la década de los cincuenta y otro 37% en la de los sesenta (Clogg, 1992: 145-168), y entre las dos representan un tercio de la población. Secuencia similar se desarrolla en Portugal, donde Lisboa y Oporto –que en 1970 albergan una cuarta parte de la población total– operan como focos irresistibles para los empobrecidos residentes de los pueblos del norte y de la franja interior del país, si bien el proceso de urbanización se despliega con menor intensidad como demuestra el hecho de que en ese mismo año únicamente el 26,5% de los portugueses reside en ciudades con más de 10 000 habitantes (Loff, 2007: 149).

CUADRO 2.2. Variación de la población en las grandes ciudades, 1960-1971

	1960-1961	1970-1971
Madrid	2 393 700	3 564 400
Barcelona	2 451 600	3 401 500
Atenas	1 852 700	2 540 200
Salónica	380 600	557 400
Lisboa	1 373 900	1 674 500
Oporto	835 000	928 300

Fuente: Sapelli, 1995: pp. 46-47.

Un crecimiento tan explosivo y caótico genera serios problemas de ajuste y adaptación a las necesidades de los nuevos residentes. Las débiles infraestructuras (alcantarillado, pavimentación, transporte) y la deficiente prestación de servicios públicos se hacen sentir con especial agudeza en los barrios periféricos de las grandes ciudades y en las enormes ciudades-dormitorio surgidas en torno a las áreas metropolitanas, cuyo perímetro urbano se halla salpicado de núcleos chabolistas. La expansión de Atenas asume rasgos especialmente anárquicos, no tanto por el hacinamiento de los recién llegados y sus familias en pequeñas viviendas ni porque muchos de ellos recurran, sin autorización legal alguna, a construirse sus propias casas –práctica habitual también en los extrarradios de las grandes urbes españolas y portuguesas–, sino por la ausencia de una administración eficiente y profesional que controle y fiscalice en un catastro nacional las miles de viviendas construidas sin licencia, no pocas de ellas en el cauce seco de los ríos (Close, 2002: 70).

2.4. *La estructura social*

Esta nueva sociedad urbana se acompaña de una estructura social igualmente inaudita que apenas recuerda a comienzos de la década de los setenta la existente diez o quince años atrás. La transformación no responde a unas posibilidades efectivas de promoción en la escala social, pese a que importantes contingentes de población agraria pasan a ser trabajadores industriales o

empleados en el sector servicios con mejores condiciones de trabajo y mayor nivel de vida y al hecho de que un número, ciertamente pequeño, de hijos de familias obreras puedan acceder a la universidad. La metamorfosis obedece, en realidad, a los cambios, en términos cuantitativos y cualitativos, que experimentan las viejas clases sociales. La estructura bipolar, característica de los años treinta y cuarenta, da paso a una estratificación, más equilibrada y próxima a la Europa occidental, en tres grupos sociales diferenciados por su nivel de formación, ocupación e ingresos.

La reducida clase alta, en torno a un 5% de la población, conoce una sensible mudanza en su composición interna, vinculada al retroceso del peso e influencia política de los grandes propietarios agrarios frente al incremento del número de los grandes comerciantes, industriales, financieros y, en el caso de Grecia, de los empresarios navieros. Familias de larga tradición o bien individuos avispados que, conectados con los ámbitos de decisión política, acrecientan o consiguen grandes fortunas en el clima de bonanza económica. Botín, Urquijo, Entrecanales, Meliá, Areces; Mello, Champalimaud, Espíritu Santo; Onassis, Niarchos, Andreadis, Karas y Llivanos, por citar solo algunos de los apellidos más conocidos, junto con un reducido grupo de profesionales liberales —abogados, ingenieros, médicos y políticos, entre otros—, conforman círculos con una marcada tendencia a la endogamia; familias que educan a sus hijos en elitistas escuelas privadas que luego completan sus estudios y amplían su formación en universidades de Estados Unidos o de la Europa occidental.

La modificación en las clases altas no constituye la innovación más significativa de la estructura social. Reside, en primer lugar, en el ensanchamiento de las clases medias en un proceso similar al experimentado desde la década de los cincuenta en las sociedades occidentales. La aparición de nuevos colectivos vinculados a los requerimientos de la política desarrollista (cuadros altos y medios de la Administración, directivos de empresa y de la banca, empleados del sector servicios, profesionales y técnicos) reduce el peso de la clase media tradicional, compuesta por pequeños y medianos propietarios agrarios, comerciantes e industriales. Esta nueva clase media, con estudios universitarios, asalariada y cuya aspiración prioritaria es el éxito social, alienta a sus hijos varones a completar una brillante formación universitaria con el propósito, las más de las veces, de acceder a los puestos altos y medios de la Administración y procuran que sus hijas, aun en el caso de

que cursen estudios universitarios, mantengan su estatus básicamente a través del matrimonio. Gentes que, por lo demás, poseen un sistema de valores y pautas de comportamiento más cercanos a los de la Europa occidental que al universo mental tradicional que ha impulsado la quiebra de las democracias y el establecimiento de regímenes dictatoriales en la península ibérica y, en Grecia, una democracia restringida cuyo exclusivismo pretende apuntalar la dictadura de los coroneles.

Una segunda innovación de especial relevancia consiste en la emergencia de una nueva clase obrera, calificativo con el que se alude a un colectivo urbano (supone en torno al 50% de la población del Gran Atenas y de Salónica y algo más del 51% de Lisboa y Oporto), joven y con empleo estable. Obreros cada vez más cualificados y profesionalizados en el caso español (hasta un 74% poseen algún tipo de cualificación en 1970) y sustancialmente menos en los casos griego y portugués (solo un 1,7% y un 1,2%, respectivamente, disponen de educación técnica formal) que, como resultado del crecimiento económico y de la emigración, consiguen alzas salariales formidables, tanto en términos nominales como reales.

A lo largo del decenio 1963-1973 los salarios reales de los trabajadores griegos se incrementaron un 7,4% anual (Kasimis, Venturas y Ziomas, 2012: 5), en tanto que españoles y portugueses perciben aumentos promedio de 7,1% y de 6,5% entre 1961 y 1973 (Maravall, 1995: 78). Con una capacidad adquisitiva insólita, los trabajadores –escasamente ideologizados y ante todo pragmáticos, deseosos de disfrutar de los bienes de consumo a los que tienen acceso por primera vez– se aprestan a preservar y aumentar, a través del despliegue de una conflictividad atenta en esencia, aunque no solo, al incremento de los salarios, el nivel de prosperidad y confort logrados.

La transformación del sistema social resulta posible, en buena medida, por el incremento de los niveles culturales y formativos del conjunto de la población. Acorde con la creciente demanda de trabajadores cualificados, de técnicos y científicos para atender los requerimientos de la producción y acorde a la preocupación de las familias, sabedoras del papel de la educación como ascensor social, los gestores gubernamentales prestan mayor atención al sistema educativo frente a la incuria de las décadas anteriores. Las nuevas políticas, que cuentan con el asesoramiento técnico y ayuda financiera del Proyecto Regional del Mediterráneo elaborado por la OCDE y del que

también se benefician Italia, Yugoslavia y Turquía, pretenden mejorar los niveles educativos medios, así como la modernización y tecnificación de los currículos. Grecia avanza un primer paso en esta dirección con la aprobación de una primera reforma por el gobierno conservador de Caramanlís en 1959, si bien la parsimonia y la escasez de recursos que acompaña su aplicación induce una segunda reforma, más ambiciosa, promulgada esta vez por el gobierno centrista de Geórgios Papandreu en 1964, el mismo año en que Portugal amplía la escolarización obligatoria de cuatro a seis años y en el que se decreta, en España, la obligatoriedad de la educación durante ocho años, entre los 6 y los 14 años.

Los resultados no se hacen esperar y las tasas de analfabetismo retroceden de manera notable, sobre todo en España y Grecia, si bien en los tres países mantiene una incidencia significativa entre los mayores de 55 años, principalmente entre las mujeres rurales.

CUADRO 2.3. Tasas de analfabetismo en personas de 10 o más años.
Censos 1950-1970

<i>Años</i>	<i>España</i>	<i>Grecia</i>	<i>Portugal</i>
1950	17,34	32	
1960	13,64	18	40,3
1970	8,8	14	25,7

Fuente: España, INE; Grecia, Close, 2002: 74; Portugal, www.pordata.pt.

La mejora de las tasas de escolarización se hace extensiva a la enseñanza secundaria. A la altura de 1970 un 88% de los niños españoles entre los 14 y los 17 años cursa dichos estudios, porcentaje que entre los griegos se reduce al 69%, aunque la tasa de escolarización en este nivel aumenta nueve puntos entre 1950 y 1973 (Close, 2002: 74). Los notables avances de la enseñanza primaria en Portugal (en el periodo 1960-1973 el número de alumnos matriculados asciende un 39%) no pueden extrapolarse en la misma medida a la secundaria (solo el 16% de la población activa ha completado este tipo de estudios en 1974). En realidad, pese a los esfuerzos realizados y al aumento de los presupuestos dedicados a la educación –todavía muy inferiores al pro-

medio de los países de la OCDE—, el nivel educativo de portugueses, griegos y españoles es bastante bajo: en 1970 un 17% de los españoles confiesa no tener estudios y casi un 70%, dice tener estudios primarios.

Caracterización similar puede realizarse para Grecia, donde la dictadura militar anula buena parte de la reforma de Papandreu y recorta de manera sustancial el presupuesto destinado a Educación, y Portugal. En este último, según datos de la OCDE correspondientes a 1966, el 67,2% de la población no ha terminado la enseñanza primaria y únicamente el 0,4% ha completado la secundaria.

Los avances en la enseñanza universitaria son, por el contrario, más que reseñables, especialmente en España, donde el número de los estudiantes que cursan estudios superiores se duplica entre 1960 y 1970, año en el que el 5,5% de los jóvenes entre 18 y 25 años se halla matriculado en la universidad. También lo son en Grecia, cuyas universidades acogen hasta el 10% de la población en dicha franja de edad, mientras que Portugal, al igual que en otras variables, se sitúa en tercera posición. Allí el número de los matriculados en centros de enseñanza superior en el curso 1964-1965 es de 31 662, cifra que, por demás, se ha duplicado en relación a 1950.

La persistencia de dichas carencias formativas se sustancia en nuevos proyectos legislativos en España con la aprobación en 1970 de la Ley General de Educación y de Financiación de la Reforma Educativa, más conocida como Ley Villar Palasí, y en Portugal con la llamada Reforma Veiga Simão de 1973. La española establece la enseñanza obligatoria y gratuita hasta los 14 años y, a su término, fija dos itinerarios: el Bachillerato Unificado Polivalente (BUP) que da acceso —tras superar un Curso de Orientación Universitaria— a los estudios universitarios, en los que se integran como diplomaturas diversos estudios profesionales— o a la recién creada Formación Profesional, enfocada hacia el mundo del trabajo.

La reforma Veiga Simão sigue un esquema y objetivos similares, de ahí que a primeros de los años setenta inician su andadura tres nuevas universidades y diez institutos politécnicos, en tanto que al otro lado de la frontera se crean nueve universidades, tres de ellas politécnicas. Paso significativo en la racionalización del sistema educativo y de su adaptación a las necesidades de escolarización y cualificación profesional, ambas leyes adolecen de no pocas contradicciones, similares por demás a las detectadas en Grecia (Close, 2002: 75), derivadas del marco autoritario en el que han de desarrollarse, de

su reflejo ineludible en los contenidos y métodos docentes, así como de la insuficiente financiación con la que se aplican.

La asistencia sanitaria conoce igualmente progresos sustantivos, vinculados a un aumento significativo del presupuesto dedicado a la prestación de servicios en salud y bienestar, aunque muy alejados del promedio de los países de la OCDE.

CUADRO 2.4. Evolución del gasto social (% del PIB)

<i>Años</i>	<i>España</i>	<i>Grecia</i>	<i>Portugal</i>	<i>Italia</i>
1958	3,33	10,44	2,95	12,33
1966	4,06	8,55	3,68	16,33
1974	10,55	8,28	6,14	19,33

Fuente: Espuelas Barroso, 2013: 57.

La provisión de estos servicios, en realidad, se distribuye entre una amplia diversidad de sistemas e instituciones públicas, organizaciones de caridad –fundamentalmente religiosas– y entidades privadas. Ello explica que a comienzos de los sesenta, el Instituto de Seguridad Social griego (IKA) tan solo proporcione cobertura a una tercera parte de la población y únicamente el 41% de los mayores de 55 años recibe una pensión, si bien el aumento del gasto público comporta una mejora de la ratio de camas hospitalarias por habitante, superior al existente en los Estados ibéricos, pero inferior al de Italia y otros países de la OCDE (Close, 2002: 73). La atención sanitaria resulta aún más precaria en Portugal, donde solo el 14% de la población dispone de alguna cobertura sanitaria y un exiguo porcentaje de la fuerza laboral, el 1,6%, dispone de una pensión.

La conveniencia de una mayor coordinación y eficacia en la prestación de servicios públicos se sustancia, en España, en la Ley de Bases de la Seguridad Social (1963) y, más tarde, en la Ley General de la Seguridad Social (1967). Ambas nacen con el propósito de unificar los distintos sistemas de previsión y protección en un modelo unitario e integrado de protección social (seguro de enfermedad, vejez, viudedad, etc.) y de ampliar los mecanismos de cobertura social financiados por el Estado (asistencia médica,

sistema de pensiones). Portugal emprende la misma senda, la configuración de un sistema general de seguridad social, un año antes con la aprobación de una ley de Reforma de la Previsión Social, si bien deja sin cobertura a colectivos profesionales –caso de los trabajadores rurales, peluqueras, servicio doméstico– a los que se incluye a partir de 1969 (Pereirinha e Carolo, 2006). A diferencia de la política seguida en la península ibérica, los gobiernos griegos no contemplan el establecimiento de un sistema unitario y, por el contrario, optan por la organización de seguros destinados a colectivos específicos (trabajadores agrarios, urbanos, empleados públicos). De una u otra manera, el número de los beneficiarios de los sistemas de protección pública aumenta de manera significativa en los tres países, sentando las bases, con un retraso más que notable respecto a Europa occidental, de un embrionario estado de bienestar. El esfuerzo realizado, no obstante, resulta poco eficiente debido a la inadecuada organización de los servicios y a los criterios seguidos en la asignación de los recursos. Los Gobiernos españoles, por ejemplo, priorizan la construcción de grandes hospitales en las mayores ciudades en detrimento de centros sanitarios de menor tamaño, más eficientes y próximos a sus beneficiarios –que en 1975 alcanzaban ya al 80% de la población– en tanto que los ejecutivos griegos, como los portugueses, prestan especial atención a las provincias más industrializadas y pobladas en menoscabo de los residentes de las zonas de montaña e interior, infradotadas de servicios hospitalarios.

No menos relevante a la hora de examinar la transformación de la estructura social es el cambio experimentado por las mujeres, especialmente en lo que se refiere a la mejora de sus niveles formativos y su incorporación a un mercado laboral en expansión. La persistencia de tasas de analfabetismo superiores a las de los varones (un 31% de las portuguesas todavía lo son según el censo de 1970 frente al 21% de las griegas y el 12,3% de las españolas) no constituye impedimento serio para que la presencia de las mujeres en las actividades productivas aumente de manera sensible en Portugal y España. En esta última, la aprobación de la Ley de Derechos de la Mujer (1961), pese a que veda el ejercicio de la judicatura, la diplomacia, la marina mercante y la carrera militar (profesiones, por otro lado, no permitidas a las portuguesas hasta 1976), abre a las mujeres un amplio abanico de posibilidades profesionales incluso a las casadas que ahora pueden –si lo desean– mantener su puesto de trabajo tras contraer matrimonio.